



LECTIO DIVINA

I semana del tiempo ordinario
Del 12 al 18 de enero de 2025



"Jesús nos enseña a estar limpios"

DOMINGO, 12 DE ENERO DE 2025

BAUTISMO DEL SEÑOR

El Espíritu Santo nos hace hijos amados del Padre

Oración introductoria

No tengo nada que temer porque vengo a hablar con Dios Padre, mi padre bueno; Dios Hijo, mi amigo íntimo que jamás me falla; Dios Espíritu Santo, mi apoyo y consuelo en todo momento.

María, te pido que abras mi corazón en esta oración para que el Señor pueda realmente entrar en mí, y yo escuchar su voz. Amén.

Petición

Jesús, dame el gran don de saber apreciar el don de mi bautismo para permanecer siempre en estado de gracia.

Lectura del libro de Isaías (Is. 42, 1-4. 6-7)

Esto dice el Señor: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no lo apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan las tinieblas».

Salmo (Sal 28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10)

El Señor bendice a su pueblo con la paz.

Hijos de Dios, aclamad al Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor, postraos ante el Señor en el atrio sagrado. R.

La voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica. R.

El Dios de la gloria ha tronado. En su templo un grito unánime: «¡Gloria!» El Señor se sienta por encima del diluvio, el Señor se sienta como rey eterno. R.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 10,34-38)

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Ahora comprendo con toda la verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la Buena Nueva de la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos. Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él».

Lectura del santo Evangelio según san Lucas

(Lc. 3, 15-16. 21-22)

En aquel tiempo, el pueblo estaba expectante, y todos se preguntaban en su interior sobre Juan si no sería el Mesías, Juan les respondió dirigiéndose a todos: “Yo os bautizo con agua; pero viene el que es

más fuerte que yo, a quien no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”. Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma, y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco”.

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén (313-350)

obispo de Jerusalén, doctor de la Iglesia

Catequesis bautismal 3, 11-12 (Les catéchèses, coll. Les Pères dans la foi 53-54, Migne, 1993), trad. sc@evangelizo.org

Jesús santificó el bautismo y nos ha divinizado

Jesús ha santificado el bautismo al recibir el bautismo de Juan. Si el mismo Hijo de Dios fue bautizado, ¿un hombre piadoso despreciaría el bautismo? Jesús no recibió el bautismo para el perdón de los pecados, ya que no tiene pecado.

Él recibió el bautismo -sin tener pecado- para dar gracia y dignidad divinas a los bautizados. “Ya que los hijos tienen una misma sangre y una misma carne” (Heb 2,14), al participar de su presencia corporal, participan también de su gracia divina. Jesús recibió el bautismo de Juan, afín que el participar en su bautismo nos otorgue honor y salvación. (...)

Desciendes en el agua cargado de tus pecados y la invocación de la gracia marca con su sello tu alma y no permite que seas deglutido por el terrible dragón. Descendido muerto por el pecado, remontas vivificado por la justicia. Si fuiste injertado en la semejanza de la muerte del Salvador, serás considerado digno de la resurrección.

Jesús ha sufrido al tomar sobre él las faltas de toda la tierra, y habiendo puesto el pecado a muerte, te resucitó en la justicia. Igualmente, descendido tú también en el agua, como sepultado en las aguas tal cómo él en la roca, resucitas “llevando una Vida nueva” (Rom 6,2).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Algunos piensan: ¿Pero por qué bautizar a un niño que no entiende? Esperemos a que crezca, que entienda y sea él mismo quien pida el bautismo. Pero esto significa no tener confianza en el Espíritu Santo, porque cuando nosotros bautizamos a un niño, en ese niño entra el Espíritu Santo y el Espíritu Santo hace crecer en ese niño, desde niño, virtudes cristianas que después florecen.

Siempre se debe dar esta oportunidad a todos, a todos los niños, de tener dentro el Espíritu Santo que les guíe durante la vida. ¡No os olvidéis de bautizar a los niños! Nadie merece el bautismo, que es siempre un don para todos, adultos y recién nacidos. Pero como sucede con una semilla llena de vida, este don emana y da fruto en un terreno alimentado por la fe». *(S.S. Francisco, Catequesis del 11 de abril de 2018).*

Meditación

Somos creados a imagen y semejanza de Dios. Esa imagen la tenemos por el mismo hecho de ser hombres y mujeres creados por Dios. Sin embargo, la semejanza, a causa del pecado original, la hemos perdido. Ya no somos esa primera humanidad perfecta en el amor que Dios creó en el paraíso.

Nuestro parecido con Dios desapareció en parte. Nuestro amor se volvió egoísta, autoreferencialista, tibio... Pero el Padre envió a su

Hijo, a imagen del cual nos creó, a morir en una cruz, a cargar con nuestros pecados, a redimirnos, para devolvernos esa semejanza con Él.

Por eso, la vida y el tiempo se convierten en algo maravilloso cuando se vive desde esta perspectiva: un camino en el que el Espíritu Santo con su gracia, y nosotros con nuestro pequeño esfuerzo y abundante confianza, modelamos de nuevo esa semejanza con Dios en nuestra persona, es decir, nos divinizamos, nos hacemos más parecidos a Dios.

De este modo, el Padre, al mirarnos desde el cielo, ve el rostro de Jesucristo en nosotros y nos dice como a Él: “Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”. No se trata de dejar de ser nosotros mismos, sino de descubrir y vivir nuestra identidad más profunda: el hecho de que somos hijos amados del Padre y que nada jamás podrá cambiar esto. Nuestra verdadera y más profunda identidad la descubrimos cuando escuchamos al Padre decir nuestro nombre.

Oración final

Señor Dios, mientras tu Hijo era bautizado por Juan Bautista en el Jordán, ha orado. Tu voz divina ha escuchado su oración rasgando los cielos. También el Espíritu Santo se ha mostrado presente en forma de paloma. ¡Escucha nuestra oración!

Te pedimos que nos sostengas con tu gracia para que podamos comportarnos verdaderamente como hijos de la luz. Danos la fuerza de abandonar las ataduras del hombre viejo, para ser renovados continuamente en el Espíritu, revestidos e invadidos de pensamientos y sentimientos de Cristo.

A Tí, Señor Jesús, que has querido recibir de Juan Bautista el bautismo de penitencia, queremos dirigir nuestra mirada desde nuestro corazón para aprender a rezar como tú rezaste al Padre en el momento del bautismo, con el abandono filial y total adhesión a su voluntad. ¡Amén!

LUNES, 13 DE ENERO DE 2025

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron

Oración introductoria

Gracias, Señor, por llamarme para estar contigo en esta oración. Gracias, Señor, por fijarte en nuestros talentos. Por ir al encuentro de nosotros en nuestro día a día.

Gracias por dejarnos ver que te adaptas a nuestras realidades. Te pido en esta oración el fruto de poder verte en mi vida cotidiana, justo como los apóstoles.

Petición

Señor, dame la gracia de seguir tu llamado.

Comienzo de la carta a los Hebreos (Heb. 1, 1-6)

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos, Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad

en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»; y en otro lugar: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo?» Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios».

Salmo (Sal 96, 1 y 2b. 6 y 7c. 9)

Adorad a Dios, todos sus ángeles.

El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Justicia y derecho sostienen su trono. R.

Los cielos pregonan su justicia, y todos los pueblos contemplan su gloria. Adoradlo todos sus ángeles. R.

Porque tú eres, Señor, Altísimo sobre toda la tierra, encumbrado sobre todos los dioses. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 1, 14-20)

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación, los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.

Releemos el evangelio

Santa Teresa Benedicta de la Cruz

Edith Stein, (1891-1942), carmelita descalza, mártir, copatrona de Europa

El Pesebre y la cruz

“Se ha cumplido el tiempo... Venid detrás de mí”

El niño del pesebre es Rey de reyes, el que reina sobre la vida y la muerte. Y dice: “Sígueme”, y el que no está con él está contra él (Lc 11,23). Lo dice también por nosotros y nos pone ante la posibilidad de escoger entre la luz y las tinieblas. Desconocemos dónde nos quiere llevar el Niño divino en esta tierra, y no hemos de preguntárselo antes de que sea la hora. Todo lo que sabemos es que para los que aman al Señor todo concurre para su bien (Rm 8,28), y que los caminos trazados por el Señor nos conducen más allá de esta tierra.

Tomando un cuerpo, el Creador del género humano nos ofrece su divinidad. Dios se ha hecho hombre para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios. “¡Oh admirable intercambio!”. Es para esta obra que el Salvador ha venido al mundo. Uno de entre nosotros había roto el lazo de nuestra filiación de Dios; uno de entre nosotros debía atarlo de nuevo y expiar la falta.

Ningún retoño del viejo tronco, enfermo y degenerado, hubiera podido hacerlo; era necesario que sobre este tronco se injertara una nueva planta, sana y noble. Y es así que llegó a ser uno de nosotros y al mismo tiempo más que eso: uno con nosotros. Esto es lo que hay de más maravilloso en el género humano: que todos seamos uno... Vino para formar con nosotros un cuerpo misterioso: él el Jefe, la cabeza, y nosotros sus miembros (Ef 5,23.30).

Si aceptamos poner nuestras manos en las del Niño divino, si respondemos “Sí” a su “Sígueme”, entonces somos suyos y el camino

está libre para que pase a nosotros su vida divina. Este es el comienzo de la vida eterna en nosotros. No estamos aún en la visión beatífica en la luz de la gloria, estamos todavía en la oscuridad de la fe; pero no es ya la oscuridad de este mundo –es estar ya en el Reino de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, en efecto, ha dejado la casa de su padre y renunciado a toda seguridad para anunciar el Reino de Dios a las ovejas perdidas de su pueblo. Así, Jesús nos indica a nosotros, sus discípulos, que nuestra misión en el mundo no puede ser estática, sino que es itinerante. El cristiano es un itinerante.

La Iglesia por su naturaleza está en movimiento, no es sedentaria y no se queda tranquila en su propio recinto. Está abierta a los horizontes más amplios, enviada -la Iglesia es enviada!- a llevar el Evangelio a los caminos y llegar a las periferias humanas y existenciales. Este es el primer personaje». *(S.S. Francisco, Ángelus del 30 de junio de 2019).*

Meditación

Siempre me he preguntado por qué llamó primero a pescadores y no a personas con otro tipo de oficio. Después de algo de reflexión llegue a esta conclusión y te la comparto.

La vida de los pescadores es una constante gota de sudor en la frente, su vida es dura, trabajan mucho. Justo por lo imprevisible y aleatorio de la actividad de la pesca, los pescadores se ven siempre llenos de múltiples fracasos. Tenían que ser pacientes y estar dispuestos a hacer sacrificios si querían ver recompensados sus esfuerzos. Varias veces debían echarse las redes al mar para tener éxito. Había que madrugar en muchas de las ocasiones, así como pasar

la noche en el bote. Bajo esta tónica, su actividad se circunscribe única y exclusivamente a pescar para sostenerse ellos y sus familias. Por lo general, vivían al límite. Obviamente, habría alguno con más “suerte” que le sobrara para comerciar, pero en general, suelen ser personas de escasos recursos.

Ahora bien, después de comprender un poco su dinámica económica. Entremos a pensar que su dinámica social y técnicas son transmitidas de generación en generación, provocando que sean poco proclives a los cambios y a la espontaneidad. Un pescador había aprendido la técnica de pesca como tradición de muchas generaciones atrás. Piensen en lo difícil que puede ser para ellos lo diferente. ¿Visto así, es casi imposible que un pescador se fiara de la novedad del mensaje de cualquiera, no?

Y sin embargo, en ese mundo rudimentario, monótono y poco educado es de donde Jesús ha invitado a los primeros discípulos. Y es donde ha hecho uno de sus primeros milagros que fue lo que hizo que estas personas lo dejaran todo y lo siguieran.

Oración final

Porque tú eres Yahvé,
Altísimo sobre toda la tierra,
por encima de todos los dioses. (Sal 97,9)

Oración introductoria

Señor Jesús concédeme vivir en el momento presente y no en las lamentaciones del pasado o en las preocupaciones del futuro.

Ayúdame a enfocar mi corazón en el hoy, pues es hoy donde me quieres hablar y manifestar tu amor.

Petición

Jesús, aumenta mi fe, cura mi debilidad.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 2, 5-12)

Dios no sometió a los ángeles el mundo venidero, del que estamos hablando; de ello dan fe estas palabras: «¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el ser humano, para que mires por él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajo sus pies». En efecto, al someterle todo, nada dejó fuera de su dominio. Pero ahora no vemos todavía que le esté sometido todo. Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gusto la muerte por todos. Convenía que aquel, para quien, y por quien existe todo, llevará muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, cuando dice: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré».

Salmo (Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9)

Diste a tu Hijo el mando sobre las obras de tus manos.

¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él? R.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos. Todo lo sometiste bajo sus pies. R.

Rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar, que trazan sendas por el mar. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc.1, 21b-28)

En la ciudad de Cafarnaúm, el sábado entró Jesús en la sinagoga a enseñar; estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Había precisamente en su sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo y se puso a gritar: «¿Qué tenemos que ver nosotros, contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios». Jesús lo increpó: «Cállate y sal de él». El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos se preguntaron estupefactos: «¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen». Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica

§ 2851-2854

«¿Has venido a acabar con nosotros?»

«Y líbranos del mal»: En esta petición del Padrenuestro, el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El «diablo» [dia-bolos] es aquel que «se atraviesa» en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo. «Homicida desde el principio, mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44), «Satanás, el seductor del mundo» (Ap 12,9), es aquél por medio del cual el pecado y la muerte entraron en el mundo y, por cuya definitiva derrota, toda la creación entera será «liberada del pecado y de la muerte» (Pleg Eucarística IV). «Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios le guarda y el Maligno no llega a tocarle. Sabemos que somos hijos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno» (1Jn 5,18-19) ...

La victoria sobre el «príncipe de este mundo» (Jn 14,30) se adquirió de una vez por todas en la hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte por darnos su Vida. Es el juicio de este mundo, y el príncipe de este mundo ha sido «echado abajo» (Jn 12,31). «El se lanza en persecución de la Mujer» pero no consigue alcanzarla: la nueva Eva, «llena de gracia» del Espíritu Santo es librada del pecado y de la corrupción de la muerte...

«Entonces, despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos» (Ap 12, 13.17). Por eso el Espíritu y la Iglesia oran: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22, 17.20), ya que su venida nos libraré del Maligno. Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros de los que él es autor o instigador. En esta última petición, la Iglesia presenta

al Padre todas las desdichas del mundo. Con la liberación de todos los males que abruma a la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo. Orando así, anticipa en la humildad de la fe la recapitulación de todos y de todo en Aquel que «tiene las llaves de la Muerte y del Hades», «el Dueño de todo, Aquel que es, que era y que ha de venir» (Ap 1,18.8).

Palabras del Santo Padre Francisco

Jesús es perseguido desde el principio: recordamos cuando, al inicio de su predicación, regresa a su pueblo, va a la sinagoga y predica; inmediatamente, después de una gran admiración, empiezan: 'Pero este, sí sabemos de donde es. Este es uno de los nuestros. ¿Pero con qué autoridad viene a enseñarnos? ¿Dónde ha estudiado?' ¡Lo descalifican! Es el mismo discurso, ¿no? ¡Pero este sabemos de dónde es! ¡Cristo, sin embargo, cuando venga nadie sabrá de dónde es! ¡Descalificar al Señor, descalificar al profeta para quitarle la autoridad!

Descalificarlo porque Jesús salía y hacia salir de ese ambiente religioso cerrado, de esa jaula, lucha contra las personas que enjaulan al Espíritu Santo. Y por esto es perseguido: ¡siempre! Los profetas son todos perseguidos o incomprendidos, dejados de lado. ¡No les dan su lugar! Esta situación, ha proseguido, no ha terminado con la muerte y resurrección de Jesús: ¡ha continuado en la Iglesia! ¡Perseguidos fuera y perseguidos dentro! Cuando leemos las vidas de los santos cuántas incomprendiciones, cuántas persecuciones han sufrido los santos, porque eran profetas. *(Cf Homilía de S.S. Francisco, 4 de abril de 2014, en Santa Marta).*

Meditación

Las palabras y acciones de Jesús provocaron la admiración de todos, pues en Él había algo diferente a los maestros de la ley:

«¡Manda hasta a los espíritus malignos y ellos obedecen!». Jesús vivía lo que predicaba y enseñaba y predicaba de acuerdo a la voluntad del Padre, por lo tanto, su autoridad provenía de su vida y testimonio. Por eso, hasta los espíritus malignos le temían, pues sabían que era el Santo de Dios.

Jesús vino a sacarnos de las garras del mal que insiste en desafiar a los hombres, pero no puede enfrentarse a Dios. Las obras que Jesús hizo entonces, también las hace hoy, y para ello, nosotros somos sus pies, sus manos, su boca. Jesús vino a devolvernos nuestra dignidad de hijos de Dios, somos sus hermanos y hermanas; nos dio su Espíritu Santo que tiene el poder de hacer y deshacer.

En el nombre de Jesús, nosotros también podremos expulsar el mal. Tenemos que reflexionar, entonces: ¿por qué no usamos también la autoridad que Él nos da para hacer el bien? ¿Podemos llegar a la conclusión de que quizás no estamos viviendo en consonancia con las enseñanzas de Jesús?

Para que nuestras enseñanzas tengan credibilidad deben ir acompañadas de nuestras acciones y de nuestro testimonio fiel a lo que predicamos. Nos queda, pues, comprender que Jesús tenía autoridad porque no sólo enseñaba, sino que obraba. Nuestra autoridad está condicionada a nuestro testimonio y a nuestra firmeza y convicción al hablar y actuar.

Oración final

¡Yahvé, Señor nuestro,
qué glorioso es tu nombre en toda la tierra!
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el hijo de Adán para que dé él te cuides? (Sal 8,2.5)

Oración introductoria

Señor enséñame a ver cómo me amas.

Petición

Aumenta mi amor para ser un testimonio de tu bondad

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 2. 14-18)

Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados.

Salmo (Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9)

El Señor se acuerda de su alianza eternamente.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos. Cantadle al son de instrumentos, hablad de sus maravillas. R.

Gloriaos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor. Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro. R.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo; hijos de Jacob, su elegido! El Señor es nuestro Dios, él gobierna toda la tierra. R.

Se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán, del juramento hecho a Isaac. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 1, 29-39)

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron: «Todo el mundo te busca». Él les responde: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido». Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

Releemos el evangelio

Juliana de Norwich (1342-después de 1416)

reclusa inglesa

Revelaciones del amor divino, cap. 43

“Antes del amanecer... Jesús se retiró al desierto a orar”

La oración une al alma con Dios. Aunque nuestra alma sea siempre semejante a Dios por su naturaleza, restaurada por la gracia,

de hecho a menudo se distancia de su semejanza a consecuencia del pecado. La oración nos muestra que el alma debe querer lo que Dios quiere; reconforta la conciencia; la hace apta para recibir la gracia.

Dios nos enseña así a rogar con una confianza firme de que recibiremos aquello por lo que rezamos; porque nos mira con amor y quiere asociarnos con su voluntad y con su acción benéficas. Nos incita pues a rezar por lo que le agrada; Parece decirnos: "¿Qué es lo que podría gustarme más que veros rezar con fervor, sabiduría e insistencia con el fin de cumplir mis deseos?" Por la oración pues, el alma se une con Dios.

Pero cuando por su gracia y su cortesía, nuestro Señor se revela a nuestra alma, entonces obtenemos lo que deseamos. En este momento, no vemos otra cosa que debamos pedir. Todo nuestro deseo, toda nuestra fuerza están totalmente fijos en él para contemplarlo. Es una oración elevada, imposible de sondear, me parece. Todo el objeto de nuestra oración es estar unido, por la visión y por la contemplación, a aquel al que rogamos, con una alegría maravillosa y un temor respetuoso, con una dulzura y deleite tal que no podemos rogar más, en estos momentos, que por done Él nos conduce.

Lo sé, cuanto más Dios se revela al alma, más tiene sed de él, por su gracia. Pero cuando no lo vemos, entonces sentimos la necesidad y la urgencia de rogar a Jesús, a causa de nuestra debilidad y de nuestra incapacidad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Quisiera recordar que la cercanía a los enfermos y su cuidado pastoral no sólo es tarea de algunos ministros específicamente

dedicados a ello; visitar a los enfermos es una invitación que Cristo hace a todos sus discípulos.

¡Cuántos enfermos y cuántas personas ancianas viven en sus casas y esperan una visita! El ministerio de la consolación es responsabilidad de todo bautizado, consciente de la palabra de Jesús: «Estuve enfermo y me visitaron» (Mt 25, 36)». (*S.S. Francisco, Mensaje de S.S. Francisco para la XXX Jornada Mundial del Enfermo*).

Meditación

Simón sale a su encuentro y dice a Jesús: “todo el mundo te busca”. Quisiera pararme en la verdad que esconden estas palabras. Simón se refiere a las personas que en ese día estaban buscando a Jesús. Pero en realidad estas palabras se refieren a todas las personas que existen. Son palabras que nos revelan una verdad.

La verdad escondida es que Dios, al crearnos, nos hizo con un compás interior que siempre está apuntando al Norte. Nos hizo con un hambre espiritual que siempre está buscando el Pan vivo. Nos hizo con una sed interior que siempre está buscando el Agua viva. Nos dio un intelecto que siempre está buscando la Verdad. Nos dio una voluntad que siempre está buscando el Bien. Estamos hechos de tal manera que solo podemos ser saciados por Él. Lo queramos o no. Lo busquemos conscientemente o no. Así somos.

Parece esclavizador esto, pero es lo contrario. Es Él que por ser Dios y por ser nuestro creador es el único que puede saciar las necesidades íntimas y profundas que tenemos. Por ejemplo, nuestra necesidad de ser amados. Es Él el que más nos ha amado. Más que tu mejor amigo o amiga, más que tu esposa o esposo más que tu papá o mamá, más que tu novio o novia. Es Él quien más satisface la necesidad que tienes de ser amado. Él es el amor mismo. Todo amor

que hayamos recibido de amigos, novios, padres, esposos, hijos nace y tiene origen en Él. Y así con todas las necesidades espirituales e interiores que tenemos. Así con nuestros deseos y anhelos. Todo lo atrae hacia Él no para esclavizarnos, sino para liberarnos y para nuestro mayor bien.

Oración final

Cantad a Yahvé, bendecid su nombre!
Anunciad su salvación día a día,
contad su gloria a las naciones,
sus maravillas a todos los pueblos. (Sal 96,2-3)

JUEVES, 16 DE ENERO DE 2025

Quiero, queda sano

Oración introductoria

Jesús, déjame sentir los latidos de tu corazón, que tu amor llene el vacío de mi alma; estoy cansado de buscar mi plenitud en la creaturas pues sé que sólo Tú me puedes llenar.

Petición

Tócame y sáname de todas mis iniquidades, de mi egoísmo, de mi soberbia, de mi vanidad, de mi indiferencia.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 3, 7-14)

Hermanos: Dice el Espíritu Santo: «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como cuando la rebelión, en el día de la prueba en el desierto, cuando me pusieron a prueba vuestros

padres y me provocaron, a pesar de haber visto mis obras cuarenta años. Por eso me indigné contra aquella generación, y dije: Siempre tienen el corazón extraviado; no reconocieron mis caminos, por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso». ¡Atención, hermanos! Que ninguno de vosotros tenga un corazón malo e incrédulo, que lo lleve a desertar del Dios vivo. Animaos, por el contrario, los unos a los otros, cada día, mientras dure este “hoy”, para que ninguno de vosotros se endurezca, engañado por el pecado. En efecto, somos partícipes de Cristo, si conservamos firme hasta el final la actitud del principio.

Salmo (Sal 94, 6-7. 8-9. 10-11)

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. R.

Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masa en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R.

Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije: «Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino; por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso» R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 1, 40-45)

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo

tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que sirva de testimonio». Pero, cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Calcuta (1910-1997)

fundadora de las Hermanas Misioneras de la Caridad

Carta a sus colaboradoras del 10/04/1974

"Conmovidó, Jesús extendió la mano y lo tocó"

Los pobres tienen sed de agua, pero también de paz, de verdad y de justicia. Los pobres están desnudos y necesitan vestidos, pero también dignidad humana y compasión por los pecadores. Los pobres no tienen hogar y necesitan un refugio hecho ladrillos, pero también un corazón alegre, compasivo y lleno de amor. Están enfermos y necesitan atención médica, pero también una mano caritativa y una sonrisa acogedora.

Los excluidos, los que son rechazados, aquellos que no son amados, los presos, los alcohólicos, los moribundos, los que están solos y abandonados, los marginados, los intocables y los leprosos..., los que viven en la duda y la confusión, los que no han sido tocados por la luz del Cristo, los hambrientos de la palabra y de la paz de Dios, las almas tristes y afligidas..., los que son una carga para la sociedad, que han perdido toda esperanza y fe en la vida, los que olvidaron cómo sonreír y los que no saben lo que es recibir un poco de calor humano, un gesto de amor y de amistad - todos ellos, se

vuelven hacia nosotros para recibir un poco de consuelo. Si les damos la espalda, damos la espalda a Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Quien no sabe llorar, no sabe reír y, por lo tanto, no sabe vivir. Jesús sabe que, en este mundo de tanta competencia, envidia y tanta agresividad, la verdadera felicidad pasa por aprender a ser pacientes, a respetar a los demás, a no condenar ni juzgar a nadie.

El que se enoja, pierde, dice el refrán. No le des el corazón a la rabia, al rencor. Felices los que tienen misericordia. Felices los que saben ponerse en el lugar del otro, en los que tienen la capacidad de abrazar, de perdonar...». *(Discurso de S.S. Francisco, 12 de julio de 2015).*

Meditación

La conciencia del leproso era clara, su cuerpo era horrible a la vista de los hombres, olía mal, era excluido de la sociedad y condenado a llevar una campana que avisara de su presencia a los demás. Sabía que no podía cargar con esa cruz de sufrimiento solo, que superaba sus fuerzas.

Con esta conciencia se tira de rodillas frente a Jesús, y le grita con gemidos, «Jesús si quieres puedes curarme». Sabía claramente qué era lo que tenía que hacer.

Por ello, en este momento, también quiero gritar junto al leproso, ¡si quieres puedes curarme! Con la conciencia de que la lepra de mi corazón se debe sobre todo al rencor que tantas heridas han producido en mi alma.

Es el perdón que no he sabido dar. Es el rencor que se ha adherido a mi carne. Jesús, de rodillas ante Ti, te pido que sanes mi corazón, no puedo vivir así, esta lepra me consume. No me siento con la fuerza para cambiar, pero sé que una sola palabra tuya bastará para sanarme

Oración final

Entrad, rindamos homenaje inclinados,
iarrodillados ante Yahvé que nos creó!
Porque él es nuestro Dios,
nosotros somos su pueblo,
el rebaño de sus pastos. (Sal 95,6-7)

VIERNES, 17 DE ENERO DE 2025

San Antonio, abad (MO)

Paralíticos en la fe

Oración introductoria

Señor, ayúdame en este día a tener un espíritu abierto a todo lo que me digas. Dame la gracia de poder escucharte y dame la fuerza para hacer lo que me pides.

Petición

Señor, dame la gracia de escuchar tu voz y poder seguirla con amor.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 4, 1-5. 11)

Hermanos: Temamos, no sea que, estando aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros crea que ha perdido la oportunidad. También nosotros hemos recibido la buena noticia, igual que ellos; pero el mensaje que oyeron no les sirvió de nada a quienes no se adhirieron por la fe a los que lo habían escuchado. Así pues, los creyentes entremos en el descanso, de acuerdo con lo dicho: «He jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso», y eso que sus obras estaban terminadas desde la creación del mundo. Acerca del día séptimo se dijo: «Y descansó Dios el día séptimo de todo el trabajo que había hecho». En nuestro pasaje añade: «No entrarán en mi descanso». Empeñémonos, por tanto, en entrar en aquel descanso, para que nadie caiga, imitando aquella desobediencia.

Salmo (Sal 77, 3 y 4bc. 6c-7. 8)

¡No olvidéis las acciones de Dios!

Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, lo contaremos a la futura generación: las alabanzas del Señor, su poder.
R.

Que surjan y lo cuenten a sus hijos, para que pongan en Dios su confianza y no olviden las acciones de Dios, sino que guarden sus mandamientos. R.

Para que no imiten a sus padres, generación rebelde y pertinaz; generación de corazón inconstante, de espíritu infiel a Dios. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 2, 1-12)

Cuando a los pocos días entró Jesús en Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un parálítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el parálítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al parálítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?». Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decir al parálítico “tus pecados te son perdonados” o decirle “levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados - dice al parálítico -: «Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa». Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía sobre san Mateo, 29,1-3*

“¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?”

“Unos hombres le llevaron un parálítico”. Los evangelistas narran que después de haber levantado unas tejas bajaron al enfermo y lo pusieron delante de Cristo, sin pedir nada, dejando hacer a Jesús.

En los principios de su ministerio por toda la Judea era él quien hacía el primer paso y no exigía de ellos una gran fe; ahora son ellos quienes vienen hacia él y se les exige una fe viva y valiente: “Viendo Jesús la fe que tenían” dice el Evangelio, refiriéndose a la fe de los que habían llevado al paralítico... También el enfermo tenía una gran fe, porque no se hubiera dejado transportar si no hubiera tenido una gran confianza en Jesús.

Ante tanta fe, Jesús muestra su poder y, con autoridad divina, perdona los pecados al enfermo dando así prueba de ser igual a su Padre. Había ya demostrado esa igualdad cuando curó al leproso diciendo “Quiero, queda limpio”; cuando calmó el mar desatado y cuando echó a los demonios que habían reconocido en él a su soberano y su juez... Aquí muestra su poder, pero sin esplendor: no se ha apresurado a curar exteriormente al que le presentan.

Ha comenzado por un milagro invisible; primero ha curado el alma de este hombre perdonándole los pecados. Ciertamente, esta curación era infinitamente más ventajosa para este hombre, pero daba poca gloria a Cristo. Entonces, algunos, movidos por su malicia, han querido perjudicarlo, pero, muy a pesar suyo, han hecho que el milagro fuera mucho más esplendoroso.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La pereza es un pecado feo, puede afectar a cada hombre: es vivir porque es gratis el oxígeno, el aire, es vivir siempre mirando a los otros que son más felices que yo, vivir en la tristeza, olvidar la alegría. Es un pecado que paraliza, nos hace paralíticos. No nos deja caminar.

A nosotros Jesús hoy nos dice: Levántate, toma tu vida como es, bonita, fea, como sea, tómala y ve adelante. No tengas miedo, ve

adelante con tu camilla -“Pero, Señor, no es el último modelo...”- ¡Pero ve adelante! ¡Con esa camilla fea, quizá, pero ve adelante! Es tu vida, es tu alegría». (*Homilía de S.S. Francisco, 28 de marzo de 2017, en santa Marta*).

Meditación

Como hermanos en la fe, podemos llevar a los que, heridos por el egoísmo, están a nuestro lado muchas veces sin esperanza. Es nuestro deber de católicos buscar una camilla, tomar uno de los extremos y llevar a este herido con un espíritu de equipo, y más aún, de familia junto a los que siente esta misma responsabilidad.

Encontramos ocasiones en que no somos responsables de las heridas y lesiones que provocan la discapacidad. Pero siempre podemos tener la urgencia de sanar las heridas que impiden hacer un acercamiento a Cristo. Él es el único que vuelve a dar una vida llena de esperanza.

Cristo se digna sanar a estas personas por nuestra fe. Éste es el poder de la intercesión. Hemos recibido la luz, viendo lo que muchos no ven y oyendo lo que algunos otros no oyen. Demos a conocer a este Dios amoroso que da esperanza sin importar los ánimos, los peligros, los vientos a favor y en contra.

Si tenemos fe es para iluminar el camino que lleva a Cristo, si tenemos esperanza es para compartirla en la desesperación, si tenemos amor es para darnos dando al que llevamos dentro.

Somos responsables porque creemos. Precisamente es por esto que debemos ayudar a creer tomando las camillas de los paralíticos en la fe. No importará si es difícil llegar a un Cristo rodeado por personas que forman murallas de problemas. El amor es ingenioso y

todo lo puede. Es todo un reto, pero, a fin de cuentas, es lo que Dios quiere: que le llevemos a todo herido.

Oración final

Lo que hemos oído y aprendido,
lo que nuestros padres nos contaron,
no lo callaremos a sus hijos,
a la otra generación lo contaremos:
Las glorias de Yahvé y su poder,
todas las maravillas que realizó. (Sal 78,3-4)

SÁBADO, 18 DE ENERO DE 2025

No he venido a llamar justos, sino pecadores

Oración introductoria

Buenos días, Jesús. Vengo a ponerme en tu presencia. Deseo ardientemente estar contigo, pues sé que Tú deseas estar conmigo. “¡Cuánto tiempo he estado esperando este momento!”.

Tus palabras resuenan en mi corazón y me invitan a desearte, a buscarte, a quererte en mi vida. Jesús, ¿cómo puedes amarme a mí, pecador? “Te amo por ser quién eres, no por tu pecado.

En tú debilidad yo manifestaré mi poder. Sólo déjame entrar ¡Entrégame todo! Tu ser, tu vida, tus cualidades, tus defectos e incluso tu pecado. En ti quiero manifestar mi poder”. Jesús, te lo entrego todo.

Te entrego mi vida, mis virtudes y cualidades, para que tú las encamines a la edificación de tu Reino.

También, te entrego mis pecados, defectos y debilidades, para que en ellas tú demuestres tu poder. Jesús abre mi corazón, mente y entendimiento a tu voz. Amén.

Petición

Dame la fortaleza para hacer la opción por Ti en esta oración.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 4, 12-16)

Hermanos: La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas. Así pues, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno.

Salmo (Sal 18. 8. 9. 10. 15)

Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye a los ignorantes. R.

Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. R.

El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. R.

Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, Roca mía, Redentor mío. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 2, 13-17)

En aquel tiempo, Jesús salió de nuevo a la orilla del mar; toda la gente acudía a él, y les enseñaba. Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: «Sígueme». Se levantó y lo siguió. Sucedió que, mientras estaba él sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos, pues eran ya muchos los que lo seguían. Los escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: «¿Por qué come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y les dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Confesiones, X, 27

“El hombre se levantó y lo siguió.”

¡Tarde te amé, oh Hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé! He aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera de mí mismo. Te buscaba afuera, me precipitaba, deforme como era, sobre las cosas hermosas de tu creación. Tú estabas conmigo, pero yo no

estaba contigo; estaba retenido lejos de ti a través de esas cosas que no existirían si no estuvieran en ti.

Has clamado, y tu grito ha quebrantado mi sordera; has brillado, y tu resplandor ha curado mi ceguera; has exhalado tu perfume, lo he aspirado, y ahora te anhele a ti. Te he gustado, y ahora tengo hambre y sed de ti; me has tocado, y ardo en deseo de la paz que tú das.

Cuando todo mi ser esté unido a ti, ya no habrá para mí dolor ni fatiga. Entonces mi vida, llena de ti, será la verdadera vida. Al que llenas tú, lo aligeras; ahora, puesto que todavía no estoy lleno de ti, soy un peso para mí mismo...

¡Señor, ten piedad de mí! Mis malas tristezas, luchan contra mis buenos gozos; ¿saldré victorioso de esta lucha? ¡Ten piedad de mí, Señor! ¡Soy tan pobre! Aquí tienes mis heridas, no te las escondo. Tú eres el médico, yo soy el enfermo. Tú eres la misma misericordia, yo soy miseria.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En la vocación específica que estamos llamados a vivir, estos vientos pueden agotarnos. Pienso en los que asumen tareas importantes en la sociedad civil, en los esposos que -no sin razón- me gusta llamar “los valientes”, y especialmente en quienes abrazan la vida consagrada y el sacerdocio.

Conozco vuestras fatigas, las soledades que a veces abruman vuestro corazón, el riesgo de la rutina que poco a poco apaga el fuego ardiente de la llamada, el peso de la incertidumbre y de la precariedad de nuestro tiempo, el miedo al futuro.

Ánimo, ¡no tengáis miedo! Jesús está a nuestro lado y, si lo reconocemos como el único Señor de nuestra vida, Él nos tiende la mano y nos sujeta para salvarnos». (S.S. Francisco, Mensaje para la 57 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones).

Meditación

¿Por qué Cristo nos ama, si nosotros no correspondemos como debe ser a su amor? ¿Por qué Cristo elegía a los pecadores, si ellos eran los primeros en negarle con sus acciones? ¿De qué sirvió su sacrificio en la cruz, si a muchos no le iba a importar? Veamos a los apóstoles. Cristo no eligió gente exitosa, justos, perfectos seguidores de la ley, sino gente imperfecta y herida por el pecado y la vida. Veamos los grandes santos, detrás de cada uno de ellos hay un pasado lleno de pecado e imperfección.

Vete a ti mismo, los defectos y pecados parecen ser más grandes que las fortalezas y deseos de santidad. ¿Entonces, por qué Cristo nos eligió para ser sus hermanos por el bautismo? Por el simple hecho de ser hijos amados del Padre. Porque la identidad y dignidad de hijos de Dios, que el bautismo nos ha dado, es más grande que el poder del mal y del pecado.

Cristo quiere tu debilidad y tu pecado para demostrar su poder sanador y santificador, que es más poderoso que el poder del mal y de la muerte. La Iglesia no es un museo de santos, sino un hospital de pecadores, necesitados de Cristo para que los sane. Todo santo tuvo su pasado pecador y todo pecador tiene un futuro de santidad, ¿Estás dispuesto a vivirlo?

Pidámosle a Cristo, la gracia de dejarnos tocar por su poder sanador. Que un día podamos, a ejemplo de Mateo, reconocer que nuestra vida está vacía sin Cristo. Que podamos reconocernos

pecadores, necesitados de sus fuerzas pues las nuestras no bastan. Que aumente nuestro deseo de ser santos, pues venimos del Padre y al Padre vamos.

¡Cristo, danos tu gracia y tu fuerza!

Oración final

Guarda a tu siervo también del orgullo,
no sea que me domine;
entonces seré irreprochable,
libre de delito grave. (Sal 19,14)